

páginas. Véase la pintura de la partida del duque de Borbón para África :

Era un espectáculo de gran belleza y complacencia el ver la disposición de la partida : aquellas banderas, aquellos pendones, y aquellos escudos tan ricamente pintados con las armas de los señores, y que resplandecían al viento y al sol, y oír aquellas trompetas y aquellos clarines resonar sonora y alegremente, y á los menestrales desempeñar su oficio con flautas y caramillos, de tal suerte que el sonido y las voces resonaban en el mar...

No hizo un vano alarde cuando escribió al frente de su obra :

Sabía muy bien que en el tiempo venidero y cuando yo haya muerto, esta alta y noble historia será muy leída y en ella encontrarán todos, — nobles y hombres valientes, — deleite y ejemplos de buen obrar.

Tal vez baste el deleite, porque Froissart es principalmente un hombre de gran ingenio¹. Es un poeta, hasta cuando escribe en prosa. Ya se echa de ver en sus historias, cuando representa á Eduardo III herido en el corazón por « una centella de fino amor », ó cuando dice del modo más pintoresco : « Cuando llegó la dulce estación de marzo y empezaron á calmar los vientos, á amansarse el furor de las aguas y á reverdecer los bosques. »

Ya he dicho que Froissart dejó una colección considerable de poesías en la que alternan las piezas serias con las pastorelas, rondelos, lais y virelais; todo ello no carece de gracia aunque si de profundidad, y presenta novedad en los efectos rítmicos :

Mon cœur s'ébat en odorant la rose
Et s'éjouit en regardant ma dame :
Trop mieux ne vaut l'une que l'autre chose.
Mon cœur s'ébat en odorant la rose².

Los versos de Froissart, como hemos dicho, serían suficientes para honrar su memoria, pero el prosista ha perjudicado al poeta. En Valenciennes, su ciudad natal, hay una plaza que lleva su nombre en un apartado rincón de la vieja ciudad. Sombreados altos árboles un balaústre; el sitio es poco frecuentado, silencioso y misterioso. De pie, sobre su alto pedestal, parece Froissart en actitud meditabunda, y no podría escogerse lugar más á propósito para este eterno retiro del pensador de bronce. Á dos pasos de allí, ostentan el césped de sus glacia las forti-

1. Comparando con Froissart á nuestro célebre cronista López de Ayala, dice Menéndez Pelayo : «... Froissart y Mateo Villani cronistas pintorescos y deleitables; Ayala es historiador.» (*Antología de poetas líricos castellanos*, tomo IV, p. 20) (N. del T.)

2.

Mi corazón salta al oler la rosa,
Y se regocija al mirar mi dama.
Allá se van juntas una y otra cosa,
Mi corazón salta al oler la rosa.

ficaciones que dibujó Vaubán. En torno de la cabeza del cronista, gorreran innumerables pájaros en los espesos árboles de aquella soledad, y de esta suerte ve pasar Froissart los siglos entre las fortificaciones guerreras y la armoniosa dulzura del canto de los pájaros, entre aquel doble símbolo que formó el marco de su vida y de su genio : el de los grandes hechos de guerra y el de la poesía.

Froissart ha eclipsado á los cronistas de su siglo. Los que le siguieron quedaron aislados entre su gloria y la de Commines. Cristina de Pisán, en un panegírico declamatorio de Carlos V, lo mismo que en la narración de las *Hazañas del mariscal Boucicaut*; Juvenal de los Ursinos, arzobispo de Reims (1388-1473), en su paráfrasis francesa de la *Crónica* latina de Saint-Denis, relativa á Carlos VI; Juan Chartier, compilador más bien que historiógrafo de Carlos VII; Pedro le Fruictier, llamado Salmón, en sus memorias que son una requisitoria contra la casa de Orleáns; y los cronistas titulares de la corte de Borgoña, el grave y mesurado Enguerrando de Monstrelet, cuya obra continuó, con tono más ligero, Mateo d'Escouchy, servilmente resumido por Lefèvre de Saint-Rémy; y los demás, como Jorge Chastelain, cuya obra ha llegado mutilada hasta nosotros, ó el lírico Olivier de la Marche, todos fueron sabios compiladores, pero les faltaron el arte y la gracia.

Hay que exceptuar sin embargo dos obras: las *Crónicas del cristianísimo y victorioso Luis de Valois, undécimo de este nombre*, escritas, según se cree, por Juan de Troyes y que son como un diario y de los hechos de Luis XI, en que el autor ha dado pruebas de buen sentido y de observación; — y el *Diario de un burgués de París*, libro muy característico y de gran relieve, en el cual se siente vibrar el alma del parisiense descontento, no alterada por las experiencias políticas de cinco siglos. En sus páginas se halla un cuadro terrible y lleno de vida de la época, con todas sus miserias, su gente que exhala « tristes quejas, tristes gritos y tristes lamentos », con los « pequeñuelos que gritan : Me muero de hambre » mientras « los labradores abandonan el trabajo como desesperados y abandonan á sus mujeres é hijos diciéndose mutuamente : Lléveselo todo el diablo; ¿qué nos importa lo que suceda? Lo más que pueden hacernos es matarnos ó ahorcarnos; porque dado el falso gobierno de traidores gobernantes, tenemos que abandonar á nuestras mujeres é hijos y refugiarnos en los bosques como fieras extraviadas, y no un año ni dos, pues hace catorce ó quince que empezó esta danza dolorosa ».

Pero ya llegamos á Commines.

Felipe de la Clyte, señor de Commines y de Argentón, nacido en Commines, en 1445, es flamenco como Froissart; pero es éste su único punto de contacto. No tenía más que ocho años cuando perdió á su padre, gran baillío de Flandes en nombre de los duques de Borgoña.

« Al salir de la infancia, dice, y en edad de poder montar á caballo, fui llevado á Lila á presencia del duque Carlos de Borgoña », hijo de Felipe el Bueno, padrino de Commines y que más tarde fué conocido con el nombre de Carlos el Temerario. Al servicio del duque asistió Commines á la batalla de Monthéry, donde los jinetes borgoñones, llenos de impaciencia, atropellaron á sus arqueros que los precedían, « y que eran la flor y la esperanza de su ejército y cosa soberana en las batallas ». Mantúvose en el ala derecha con Carlos, « sintiendo menos temor que en las batallas sucesivas á que después asistió ». Estuvo en los sitios de Dinán y de Lieja y llegó á ser chambelán del duque en 1468.

Es difícil explicar cómo abandonó Commines el servicio de Carlos el Temerario para entrar al de Luis XI. Seguramente la « bestialidad » de los príncipes, y, en particular, la del duque de quien recibió un día un golpe en la cara, debía desagradar á un hombre sensato y juicioso cual lo era Commines, al paso que debía agradarle el carácter de Luis XI, á quien había tenido ocasión de juzgar y apreciar cuando la entrevista de Perona. ¿Fué Commines conquistado-ó comprado- por « la palabra del rey, tan dulce y virtuosa que adormecía como la sirena á cuantos le prestaban oídos? » ¿ Presintió desde entonces la victoria futura de Luis XI sobre Carlos el Temerario? En resumen, es el caso que, desde 1471, se vió pensionado por el rey. Él hubiera preferido comer á dos carrillos; pero el rey le obligó á optar en 1472; en la noche del 7 al 8 de agosto, Commines abandonó al uno para pasarse al otro. Luis XI le agregó á su persona como consejero y chambelán, le concedió una pensión de seis mil libras, y, en cambio de los dominios perdidos en virtud de su defección, le concedió el principado de Talmont en el Poitou; además le casó con la heredera de la señoría de Argentón; esto por lo que hace á los bienes. En cuanto á las pruebas de favor, colmóle de ellas Luis XI, dándole mil muestras de amistad, recibíendole á su mesa, en su cámara, y agregándole á su persona.

En cambio el protegido se consagró en cuerpo y alma á su señor. Tomó parte en todas las negociaciones, en el reinado de aquel monarca más diplomático que guerrero, « el más prudente de todos los reyes,

entre los que yo he conocido, dice, para salir de un mal paso en tiempo de adversidad ». Ayudábale él, y ambos formaron un lindo par, empleando astucias, intrigas, conjuraciones, espías y todos los medios menos escrupulosos para defenderse de sus enemigos, fomentar disturbios, inventar recursos, ganar tiempo y rescatar la mentira con el perjurio.

Luis XI murió en 1483 cuando Commines no tenía más que treinta y seis años. Manifestáronse entonces los celos y la envidia, y el favorito, después de repetidos procesos, tuvo que devolver los dominios recibidos. A esto se siguieron diversas acusaciones, pues nada hay más cerca del favor que la desgracia.

Chinón, con su castillo arruinado y lleno de la gloria de Juana de Arco, recuerda la grandeza de Commines que fué su gobernador. Recorrió con su escolta aquellos anchos caminos de ronda de donde se extiende aún la mirada sobre el encantador y verdegueante paisaje de las islas de la Vienne, de las praderas y bosques que sirven de gracioso marco á la pequeña ciudad en cuyas tortuosas calles se ven filas de casas del siglo xv; Commines dió la señal del relevo al son del viejo reloj, el mismo que aun da las horas desde el siglo xiii; habitó la maciza torre que Carlos VII había señalado á Juana de Arco para su vivienda; mandó la guarnición de aquel nido de águilas inexpugnable, y las feligrasas de la iglesia de Saint-Mexme admiraban su ademán, su coraza y sus espuelas de oro.

Á poca distancia de allí, en el castillo de Loches, se ofrece aún á nuestra mente el recuerdo de Commines pero; de cuán distinta manera!

Un calabozo abierto en el espesor de la muralla, alumbrado por una alta y estrecha saetera, y cerrado por un enrejado de gruesas vigas, en las que se abre un ventanillo; un banco de piedra provisto de una cadena; tal fué el sitio donde estuvo encerrado Commines durante ocho meses, en tiempo de Carlos VIII y donde se muestra aún la inscripción que se supone haber sido grabada por él en la piedra no muy dura: *Dixisse me aliquando penituit, tacuisse nunquam*; « alguna vez me he arrepentido de haber hablado, pero nunca de haber callado ».

Forma parte de la tan curiosa colección de inscripciones y *graffiti* de las viejas prisiones de Loches así como los de Ludovico Sforza, y los de muchos pobres diablos, algunos de los cuales conservaban el espíritu burlón (hay uno que escribió en su calabozo: « Entrad, señores, á la presencia del rey nuestro buen amo »), y esta declaración tan edificante, que data de 1783 y que revela el estado de la opinión popular cuatro años antes de la toma de la Bastilla:

— Dentro de poco destruiremos estas altas murallas, echaremos abajo estos claustros y haremos desaparecer estas torturas inventadas por los reyes, que son demasiado débiles para contener á un pueblo que ansía la libertad. 1783.

He aquí una profecía que no había de tardar en cumplirse. Merced á influencias que Commines había sabido granjearse acabó por demostrar su inocencia y recobró la libertad, los bienes, y en cierta manera, el crédito. Desde 1490 había vuelto al favor de la corte. Fué consejero del rey á quien quiso desviar de las expediciones á Italia, pero no lo consiguió. Y la empresa fué, según dice, « dirigida por Dios lo mismo á la ida que á la vuelta, pues de nada sirvió el buen sentido de los directores ». Desempeñó un papel importante en las negociaciones diplomáticas, pero cada vez tenía menos crédito. Atacado por enemigos « fundados en informes de gente maligna », que hace odiar á « los mejores y á los más leales servidores », vió morir á Carlos VIII, y asistió al advenimiento de Luis XII « de cuya intimidación había participado más que nadie, y por quien había sufrido toda clase de disgustos y pérdidas ». Este rey le olvidó ó, á lo menos, no se acordó mucho de él.

Commines se resignó pues á retirarse. Salvo un corto viaje á Italia, en 1507, no tuvo más que desengaños. Desposeído de la señoría de Argentón, cuyo castillo le fué dejado en usufructo, allí murió el 18 de octubre de 1511, sin haber editado sus *Memorias* de Luis XI y de las guerras de Italia, que fueron publicadas en 1524.

Las *Memorias* de Commines dan, en su primera parte, la historia general de la lucha entre Luis XI y Carlos el Temerario ó sus sucesores hasta la muerte del rey; la segunda parte refiere las guerras de Carlos VIII en Italia, en 1494 y en 1495.

Estos relatos presentan la mayor originalidad. Hasta entonces limitábanse los cronistas á referir los hechos; rara vez exponían opiniones políticas. Commines, por su parte, cuenta también, pero como hombre de Estado, que ve las causas y las consecuencias. En él no hay retórica ni poesía. Jamás se dejará engañar por las apariencias, aun las más brillantes.

En Montléry manifiesta su preferencia por un buen cuerpo de arqueros, firmes en su puesto, y desconfía del irreflexivo ímpetu de una caballería desordenada. Aprecia en alto grado la razón, el sentido político y la experiencia de los negocios. « Era bastante poderoso en hombres y dinero, — dice hablando de Carlos el Temerario, — pero no tenía bastante sentido ni malicia para dirigir sus empresas. » La malicia era lo que más entusiasmaba á Commines. En sus memorias parece haberse propuesto hacer ostentación de la malicia de Luis XI y de la suya.

Á los principios de su reinado, tenía que luchar Luis XI contra la liga del Bien Público y se hallaba en la situación más crítica. Pero « el rey Luis XI, nuestro señor, el más humilde en palabras y en traje » lo da todo, lo promete todo, emplea la agudeza y la astucia, y trabaja bajo cuerda y á la sordina al Parlamento, que se niega á tomar acta de

sus promesas. Durante una tregua, va conquistando uno á uno á sus enemigos, porque sabía trabajar « para ganar á un hombre que le podía servir ó perjudicar ».

— Hermano mío, decía al conde de Charolais, un adversario á quien quería seducir, veo que sois gentilhomme y de la casa de Francia; — cuando hace algún tiempo ese loco de Monvilliers os habló tan bien, me hicisteis saber que me arrepentiría antes de que acabase el año de las palabras que os había dicho el tal Monvilliers.... Me habéis cumplido la palabra y aun mucho antes de que acabe el año... Me gusta tratar con gente que cumple lo que promete.

Vuelve á tomar la Normandía que antes había dado y se decide á ir á Perona para tratar con Carlos el Temerario. Commines estaba aún al servicio del duque y se acostaba en la misma cámara que su amo. Vióle toda la noche permanecer levantado y agitado por la ira é hizo avisar á Luis XI para que consintiese en todo. En efecto, cuando por la mañana se presentó el duque al rey y, temblando de cólera, con voz áspera y conmovida, le impuso condiciones humillantes, Luis XI lo aceptó todo con aire amable y ofreció muy notables rehenes que, por otra parte, reclamaban semejante honor. « No sé si lo decían de veras, añade Commines; sospecho que no; y en verdad creo que los hubiera dejado allí y que no hubiera vuelto por ellos. »

Hasta la última hora de su muerte, hasta los últimos momentos de la enfermedad, Luis XI, que conocía la gravedad de su estado, sólo pensó en engañar al público, en enviar á comprar caballos y perros de raza para que le creyesen sano y bueno y en disposición de ir de caza.

En la escuela de tal maestro « con quien había que andar derecho », Commines, cuyos instintos se habían despertado, aprendió mucho. Y esta educación no contribuyó poco á dar á sus memorias carácter filosófico. Froissart escribía para caballeros; Commines escribe para una generación de hombres que habían visto la guerra de Cien Años, hombres de cálculo y de razón, enamorados no de la valentía sino de la política y de la diplomacia, desengañados de toda locura caballeresca y que sólo buscaban la utilidad, siendo el tipo de esta gente el mismo Luis XI. Commines es un diplomático, un político que saca consecuencias, deduce causas, y explica que nuestro país « tiene gente de dos clases de complexiones », porque « tenemos algo de la región cálida y de la fría », aunque « en todo el mundo no hay una región mejor situada que Francia¹ ». Acerca de la constitución de Inglaterra expone conceptos modernos, y en su capítulo sobre el carácter del pueblo francés y del gobierno de sus reyes, prevé todos los

1. Como escritor, político puede compararse á Commines con nuestro célebre Mosén Diego de Valera, aunque por su elevado carácter moral es muy superior este último al colaborador y cronista de Luis XI. (N. del T.)

detalles de nuestras concepciones actuales acerca del presupuesto, de la unificación de pesas y medidas, de la creación de un código de costumbres y de la abolición de los peajes. Es rico en máximas políticas y morales: « Los mayores males proceden en general de los más fuertes, porque los débiles no tienen más recurso que la paciencia ». Y cuando habla de la muerte del rey, que « debe pasar, á su vez, por donde han pasado los otros antes que él », se expresa como hombre que ha vivido con los grandes, y que ha sorprendido sus insomnios y sus pesadillas. Acerca del destino de los reyes emite esta reflexión:

¿ No hubiera valido más para él y para todos los demás príncipes elegir el término medio, es decir tener menos cuidados y menos trabajo, y emprender menos cosas; temer más el perseguir al pueblo con tantos medios crueles y disfrutar mayor holgura y honestos placeres? Su vida sería más larga y su muerte menos deseada y más sentida por mayor número de gente.

Y así continúa con una elocuencia rica en experiencia; nace bajo la pluma de aquel hombre positivo y sin ideal, la melancolía del moralista que, « habiendo conocido á tantos príncipes y tenido más comunicación con ellos que ningún otro hombre en Francia, lo mismo con los que han reinado en este reino que en Bretaña, Flandes, Alemania, Inglaterra, Portugal, España é Italia, tanto señores temporales como espirituales », — sondeó la nada y el vacío de los cálculos inútiles y de los esfuerzos vanos y estériles:

Pocos ejemplos podrían verse, añade, más notables para conocer cuán insignificante cosa es el hombre y cuán breve y miserable es esta vida. Una vez muertos, ya no hay grandes ni pequeños, y es preciso que el alma, al momento de separarse del cuerpo vaya á someterse á juicio, y allí se dicta la sentencia según las obras y los méritos del cuerpo.

Tal es la moralidad de la muerte del rey. Pero se maravilla uno de que no se le haya ocurrido mucho antes tan prudente filosofía. Porque se asoció á la obra de Luis XI, empleando todos los medios de engaño y de bellaquería; no puede absolversele ni olvidarse el lado flaco de su moral, que hace de él un predecesor de Maquiavelo más bien que de Montesquieu. Sabe manejar la ironía. Dos jinetes que militaban en campo opuesto, creyendo segura la derrota de los suyos, huyen á revienta caballo, el uno hasta el Poitou y el otro hasta el Hainaut, lo cual hace decir á Commines: « Estos dos no tenían ganas de morderse »; y en otro lugar, cuando el condestable de Saint-Pol pereció de muerte miserable, por no haber sabido, no obstante todos los síntomas de borrasca, ponerse á cubierto de la suerte que debía prever, dice Commines: « He visto en mi vida muy poca gente que sepa huir á tiempo. »

Léase también esta reflexión: « El honor de la guerra es para quien saca provecho de ella. » Es ésta un palabra de político que sabe que los hombres se conducen « como hombres y no como ángeles ». Y en nombre de este principio, Commines, á quien repugnan los medios violentos, excusa y emplea las intrigas, el engaño, los juramentos falsos, los tratos sin fin y dilatorios para llevar á buen término « una empresa buena, grande y muy santa », y se muestra satisfecho cuando ha logrado, gracias á la mala fe, engañar al adversario y hacerle tropezar.

Su estilo se resiente de todos estos rasgos característicos; no tiene brillantez, ni colorido, ni abusa de las imágenes; es abstracto, lo cual no quiere decir que le falten nitidez, vigor, relieve y animación; léase la página acerca de los malos príncipes, en quienes « hay siempre más locura que malicia »:

¿ Quién informará acerca de su vida cuando mueren? y una vez hecha la información ¿ quién la presentará al juez? ¿Cuál será el juez que se entere de ella y aplique el castigo?... La información será el lamento y el clamor del pueblo, á quien pisotean y oprimen de tantas maneras sin compasión ni piedad; las dolorosas quejas de las viudas y los huerfanos, y generalmente de todos los que ellos hayan perseguido.... Todo esto constituirá la información; y sus grandes lamentos, sus tristes lágrimas las presentarán como queja ante Nuestro Señor que será el verdadero juez y que, tal vez, no querrá aguardar para castigarlos á que vayan al otro mundo...

Bossuet dirá más tarde lo mismo y con el mismo fuego. Es éste un lenguaje elevado pero triste y desmoralizador. Habla por medio de él toda una época. Se siente que hay algo que acaba, después de haber tocado el fondo de todo. El tono sentencioso revela desengaño y no expresa sino el miedo de la muerte y del juicio final. Reconócese en esto al siglo xv; conclusión y paradero fatal de una era que ha descrito su curva y que cae de plano, por haberla dirigido hacia la tierra, en lugar de enderezarla hacia el ideal y hacia lo infinito.

Con sólo considerar los cuatro grandes cronistas, tenemos el carácter de cuatro grandes siglos. Villehardouin y Joinville pertenecen á la hermosa y valiente época, á los siglos xii y xiii, en que se cree, se espera y se siente vivamente, y en que las almas se abren ante la expectación de brillantes y gloriosos destinos. Villehardouin representa el valor; Joinville, el amor, la bondad y la caridad. Representan, ya por la bravura, ya por la piedad, algunos de los más nobles y calurosos sentimientos que animan y elevan el hombre; vibran, admiran, se entusiasman y se dejan llevar por el santo ardor de las cruzadas que los hace amar. Nada les es indiferente; se apasionan, recuerdan su vida sin pesar ni desilusión, con la varonil satisfacción de empezar nuevamente con la pluma una existencia llena de valor, de actividad,

de abnegación y de convicción. No sienten nada y, al escribir, parece como que experimentan una alegría suprema de vivir dos veces.

Froissart pertenece al siglo xiv. Tiene menos calor, menos espontaneidad pero más arte. Los tiempos han cambiado. Ya no se trata de los entusiasmos juveniles, de marchar hacia un porvenir risueño y lleno de promesas, haciendo sonar triunfalmente la trompa antes de cobrar el noble botín de las hermosas ideas y de las nobles formas literarias y artísticas. Hay en él más reposo y más prudencia y madurez. Se halla más cerca de la meta; los que llegan no tienen nunca la alegría de los que parten. Uno de los reyes de aquella época se llamará Carlos el Sabio. Es aquel el momento en que los géneros y los gérmenes de las ideas llegan á su mayor desarrollo y, á partir de entonces, no podrán sino agostarse.

En el siglo xv, se ha pasado más allá de la meta; nos hallamos en el fin y en la decadencia.

El florecimiento de los grandes géneros literarios ha caído, pues todo se gasta y se marchita. Ya no hay epopeya; el teatro se ha convertido en un entretenimiento falto de fe y de calor; la poesía no es más que un ejercicio y un mosaico, salvo una excepción; la prosa se especializa y se atrinchera en la sátira y la ironía. Se han acabado y gastado los grandes y hermosos sentimientos; todo se convierte en parodia; la amarga risa ha reemplazado á la franca alegría; la burla ha ahuyentado el entusiasmo, y la indiferencia presagia la lasitud y el hastío. Como sucede cuando la vida no se halla iluminada por la ardiente y juvenil llama de la pasión, todo se torna triste y sombrío. Nos hallamos en el crepúsculo. La literatura naufraga y se agota como todo lo demás; ya no hay fuego, ni valentía, ni ferviente ardor, sino una falsa alegría, que se enerva con la monotonía, sintiendo vivo desaliento y miedo ante la idea de la muerte, mensajera de las sanciones de una vida mal empleada. Francia se acurruca huraña y temerosa en la sombra de Plessis-lez-Tours. Ya no hay esperanza, ya no hay un mañana sonriente ó deseable; se ha llegado al fin, á un callejón sin salida, que cierra el cenagoso muro del mundo material. La caballería no es más que una palabra y un recuerdo. La vida práctica ha mostrado todas sus exigencias que tienen por rescate el escepticismo y la desesperación. Commines dió abrigo en su alma á los terrores y hastíos de aquel mundo sin preocupaciones, sin creencias y sin respeto ni para el rey ni para Dios, y cuya religión había llegado á ser una superstición grosera y medrosa. Faltóle lo que faltó á su tiempo, un ideal elevado, una filosofía seria y sana, alteza de miras, nobleza y sobre todo, la santa candidez de la juventud. Su época representa un recodo del camino. El siglo xv es

triste como la muerte. Pregúntase uno qué hubiera sucedido si no hubiera venido el Renacimiento — jamás se empleó término más exacto — á rejuvenecer, reanimar y galvanizar la moribunda Edad Media, á la que había causado la muerte el haber empleado toda su juventud y sus ilusiones durante cinco siglos de heroísmo y de obras maestras¹.

1. En España no fué tan sensible esta decadencia, por sus especiales circunstancias. Al mismo tiempo que luchaban y escribían aún á fines del siglo xv los poetas *viejos*, bastante numerosos, alzaba en Sevilla el estandarte de la nueva escuela literaria italiana, el célebre Micer Francisco Imperial, hijo de un joyero toscano y admirador del Dante (N. del T.).